

# BOLETIN

DE LA

## SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XIV

Valladolid: Diciembre de 1916.

Núm. 168

### FOR ESPAÑA

(IMPRESIONES DE VIAJE)

### SEVILLA

I

Gratamente impresionados salimos de las Casas Capitulares, interesante monumento del renacimiento, después de contemplar con admiración la rica ornamentación de sus fachadas repletas de columnas, cenefas, guirnaldas y trofeos en los que campea el águila bicéfala; la notabilísima talla de sus puertas, la decoración del vestíbulo y su techo, primorosa labor transitoria del estilo ojival al renacimiento, los de las Salas Capitulares alta y baja, artesonados y labrados en piedra, y por sobre todo esto que en su belleza sólo nos habla de la imaginación y exquisito arte de los sucesivos edificadores, hemos recreado nuestra vista en la contemplación del histórico pendón real de la ciudad, que rememora los tiempos pretéritos de las luchas entre cristianos y sarracenos para la conquista de la sin par capital.

Nos hallamos, pues, en la Plaza de la Constitución á la que llega, como sordo rumor de mar embravecido, el bullicio de la estrecha y frecuentada calle de la Sierpe, por la que se empuja y aglomera enorme gentío deteniéndose ante los escaparates y vitrinas desbordantes de joyas, dulces y los más variados caprichos y siendo á su vez objeto, esta misma multitud, de la inquisitorial mirada de los dichosos desocupados que atisban el paso de la sevillana menuda, morena, de pies diminutos que caminan como si no pisasen, busto erguido y altanera cabeza repeinada, que pasa gentil y arrogante revolviendo el aire con el fleco de su pañuelo, por ante las amplias lunas de los casinos, cafés y confiterías donde un racimo de cabezas masculinas se ofrecen como en un pim, pam, pum.

Nosotros huímos del bullicio, enfilamos la calle de Génova y se presenta á nuestra vista la

magnífica Catedral de que dijo Ceán Bermudez: «No de otro modo que cuando se presenta en el »mar un navío de alto bordo empavesado, cuyo »palo mayor domina á los de mesana, trinquete »y bauprés, con armonioso grupo de velas, cu- »chillos, gríngolas, banderas y gallardetes, apare- »ce la Catedral de Sevilla desde cierta distancia, »enseñoreando su alta torre y pomposo crucero »á las demás naves y capillas que le rodean con »mil torrecillas, remates y chapiteles». Feliz comparación, pintura exacta que da idea de la especial impresión que nos produce la armónica perspectiva de la insigne obra que reúne en sus detalles los órdenes más distintos de la arquitectura desde el gótico al plateresco, pasando por el germano y grecorromano é intercalando el árabes más refinado.

Trepamos las cinco escaleras que elevan la Lonja que rodea al templo, pasamos bajo la puerta del Perdón de característico aspecto morisco con su correcto arco de herradura, resto de la antigua mezquita, y desembocamos en el celebrado Patio de los Naranjos que ocupa el lugar en que aquélla se elevaba de cuya construcción aún se ven algunos vestigios en los muros del Este y del Norte. En su centro borbotea una fuente cuya taza de piedra formó parte de la remota Basílica Hispalense.

A la izquierda sobre los tejados de la Biblioteca Colombina se eleva la sin igual Giralda, de todos bien conocida. A su base llegamos por estrechos sombríos pasadizos y empezamos la ascensión de las treinta y cinco rampas que conducen al remate del primer cuerpo. Según vamos subiendo y por las graciosas ventanas pareadas que se abren en sus cuatro costados se van presentando á nuestra contemplación, diferentes y siempre bellos aspectos; primero son las fachadas de la misma Catedral con sus torrecillas y labores y las terrazas de las casas limpias, brillantes, aljofifados sus rojos suelos de ladrillo que parecen bruñidos; encaladas, dañando la vista con su blancura las enjabelgadas paredes y en su frente sobre las barandillas que dan á las sinuosas callejas innúmeros tiestos se alinean ofrendando la belleza de sus arbustos y macetas; allí el clavel reventón de corola de fuego, el geranio doble, el

orgulloso rosal de cien hojas, la hortensia pomposa, sin olvidar las plantas aromosas, la hierba buena, la albahaca.

Más arriba se ofrece el laberinto intrincado de las cubiertas de la iglesia con sus cresterías, barandales, arbotantes y agujas cual labor de filigrana. Después es ya el vasto perímetro de la ciudad con sus agrupaciones de casas achaparradas sobre las que destaca tal cual edificio público, la torre de esta ó aquella parroquia, y hendido con tajaduras, resquebrajaduras oscuras como las grietas de la tierra seca, por las calles tortuosas típicas de los arrabales sevillanos.

Ya en la cúspide cuando hemos subido las rampas todas y aun las escaleras de piedra por cuya baranda se observa el complicado mecanismo del reloj que mueve lentamente sus engranes al rítmico tic-tac del péndulo, acodados sobre la pétrea barandilla de la terraza que rodea la torre, teniendo sólo sobre nosotros la cúpula que sostiene la estatua de la Fe ó Giraldilla y el amplio dosel de un cielo de añil, es el más bello cuadro el que nos extasía y admira. El informe conjunto de la bética ciudad circundada de prados y arboledas que se extienden por la dilatada planicie recubriéndola de un jugoso ropaje de verdes claros, la nota de color de sus jardines desbordantes de vegetación, la característica nota del perfecto anillo de su Plaza de Toros cuya arena fulgura al ser herida por los rayos del sol, la albura del caserío partido, seccionado por la línea azul del Guadalquivir en cuya orilla se agolpan las embarcaciones de todas nacionalidades. Sobre él las líneas oscuras de los puentes, éste cuajado de puntos negros diminutos que hormigean cruzando de Sevilla á Triana y de Triana á Sevilla, aquél, férreo, sirve en este momento para el paso de un largo tren cuyo silbido llega hasta nosotros.

También llegan aquí diluídos, mezclados, amalgamados en una extraña sinfonía los ruidos todos de la ciudad, el murmullo de la multitud, el tintineo incesante de los tranvías, las sirenas de los barcos amarrados á los muelles, el chirriar de las cadenas de las grúas que cargan y descargan con actividad incesante, tal cual tañido de campana, el voltear de un esquilón, los gritos de

la chiquillería que juega en las plazuelas, el pregón lánguido, cadencioso, é ininteligible de los vendedores ambulantes. Un verdadero poema musical digno de ser instrumentado por el gran maestro único en la expresión de estos especiales murmullos, Ricardo Wagner.

Por una cualquiera de sus puertas, todas ellas son notables, entramos al interior del templo tan esbelto, tan elegante con aquellas finísimas columnas rematadas en palmas graciosamente acopladas que parece imposible puedan soportar el peso de las elevadas bóvedas de sencillísima ornamentación lo que las hace más correctas, más aristocráticas, valga la frase. Únicamente ostentan lindos follajes góticos las cercanas al altar mayor y que sustentan el cimborrio.

Alguien dijo de este templo que «No puede el hombre verse dentro de tan magnífico edificio sin elevar su corazón al Ser Supremo, al padre de la grandeza y la sublimidad; todo engendra allí un sentimiento religioso: todo es bello, todo es inspirado».

Remito al benévolo lector á las numerosas, detalladas, correctas descripciones que de esta maravilla existen y que no sería posible hacer en estas crónicas volanderas que nunca intentaron tal atrevimiento ni trataron jamás de ser norte, guía del turista, ni aportar datos para el estudio de los monumentos patrios, labores estas para las que el cronista no se encuentra ni inspirado ni suficientemente iniciado.

Curioso, pues, se limita á recorrer las cinco naves de que el templo consta, caminando de sorpresa en sorpresa, de admiración en admiración al detenerse ante la gótica sillería del coro, el grandioso retablo de alerce representativo de la creación de Adán y Eva, misterios de la Vida del Señor, La Venida del Espíritu, etc., todo ello en grandes figuras cobijadas bajo calados doseletes y separadas por columnas afiligranadas con profusión de Santos, repisas y estatuas diversas; la Capilla Real, que guarda en urna de plata los restos del Santo Rey Fernando, á cuyo lado reposan también el pendón y el acero que tanta gloria conquistaron. El Relicario que entre sus muchas y valiosas joyas conserva las llaves de la ciudad entregadas al monarca por el rey moro,

la Sala Capitular de arquitectura dórica y jónica, la Sacristía de los Cálices que ostenta el celebrado Crucifijo de Montañez y numerosos lienzos de Zurbarán y Goya, las vidrieras de sus ventanas adornadas de pinturas representando Mártires, Vírgenes y Profetas, y en fin, ante las innúmeras joyas pictóricas que todas las capillas encierran tras sus labradas y doradas verjas, obras de Pacheco, Juan de Roelas, Francisco Herrera (el Mozo), Alonso Cano y Murillo, el singular pintor sevillano.

De este insigne artista contemplamos absortos la maravilla guardada en la capilla del Baptisterio; su San Antonio de Padua esperando abiertos amorosos sus brazos para estrechar entre ellos el desnudo cuerpo del Niño. La expresión del rostro del Santo, el dibujo correcto, el colorido especial, la suavidad de las tintas, le han hecho y así lo será siempre, extremadamente admirable é indescriptible.

Alrededor de las figuras del Santo y el Niño se percibe una indeleble marca, un levantamiento, una costura que forma un recuadro, señal imborrable de la osadía y la codicia de quien, poco escrupuloso, se atrevió á profanar el sagrado recinto para rajarse el lienzo único y sustraer la obra maestra que arrancada de Sevilla y transportada allende el Atlántico, retornó al recinto de la Catedral siendo amorosamente recibida por el desolado pueblo andaluz.

Va cayendo la tarde cuando bajando por entre jardines salimos al muelle poblado de mástiles y chimeneas de los barcos surtos en las reposadas aguas del Bétis, río de leyendas de amores y tema del canto de los poetas. Enfrente las casas cubiertas de flores y tiestos de Triana, el castizo barrio sevillano cuna de las mocitas pintureras; guardándolas destaca de la superficie de las aguas la despejada cubierta de un diminuto barco de la gloriosa marina de guerra española; junto al asta de su bandera, inmóvil, arma al brazo hace su guardia un marinero y su vista nos recuerda las hazañas de nuestros héroes que lucharon y sucumbieron por la mancillada honra de la patria herida y escarnecida un día por la ambición des-

medida de un pueblo nuevo pero vigoroso y fuerte que sin respetar la senectud é hidalguía de la vieja España, atropelló los derechos y la arrancó las ricas preseas de que se enorgullecía adornándose.

En el muelle de la izquierda se trabaja febrilmente, los vagones van y vienen á todo lo largo, se detienen ante las potentes grúas y traspasan su carga á las bodegas de las embarcaciones. La sirena de un vaporcito nos invita á dar un paseo hasta Coria. Descendemos la escalerilla y nos acomodamos en la toldilla de juguete.

Desatracamos, rugé el motor y la hélice en su voltear hace saltar el agua en un remolino de espuma; ganamos el centro de la corriente y empezamos á alejarnos río abajo de la capital andaluza.

Bello es el cuadro, por fondo tiene bajo el añil sin una mancha del cielo netamente sevillano, la masa informe del caserío blanco amarillento con sus elevadas torres de alicatados moriscos y la pompa sublime de sus jardines exuberantes. La Torre del Oro, tan típica, se destaca en el muelle recortándose sobre la arboleda oscura del Parque, á su pie llega un carro cargado de naranja que vacía sobre un enorme montón dando una nota vigorosa con su color de fuego. Una por una las van tomando gentiles sevillanas envueltas en sus trajecillos claros y tocadas con un amplio papel de seda que presta una penumbra especial á sus rostros, y las van recubriendo de pedazos de este mismo papel y arrojando en serillos que á su alcance tienen, de éstos las toman

muchachotes tostados que arrastran carretillas y las transportan á un tinglado donde en incesante martilleo se labran cajones y más cajones que repletos del sabroso fruto son cerrados y claveteados y colgados de las cadenas de las grúas desaparecen por las abiertas compuertas de un vapor inmóvil atracado al borde del murallón como si del mismo formara parte. La natural curiosidad nos lleva á buscar en su proa el nombre que le distingue; no podemos leerlo, tiene letras extrañas, algunas parecen como si estuvieran vueltas, trastocadas; ello nos indica que es un navío extranjero, noruego, sueco, y entonces un orgullo especial nos invade al considerar que este barco, llena su cala, surcará las aguas de los mares y atracará á un puerto remoto de nombre difícil de pronunciar y allí desembarcará su mercancía que un pueblo de otro carácter, de otras costumbres, de una fisonomía completamente distinta de la nuestra, arrebatará de las tiendas y saboreará con fruición; y entonces se acordarán de nuestras tierras y de nuestra patria y de nuestra historia.

Hace un recodo el río, desaparece á nuestra vista la silueta de Sevilla y en un silencio grato, recogidos en nuestras meditaciones nos dejamos llevar por la corriente entre las márgenes siempre verdes, siempre floridas del Guadalquivir, río de ensueño.

Luis BERTRÁN Y CASTILLO